

TENGO MIEDO DE OCHO AÑOS
orinando en la noche a solas:
¡Mamá, enciende la luz,
tengo frío!

SOLO ODIO A LA MUERTE
cuando la pienso en vosotros.

ME HUELE A CRIMEN EL CORAZON
de tanto amarte. Por la médula
de los huesos te me estás colando
como un primer amor insatisfecho.

PUES OCURRE QUE EL CORAZON SE AGRANDA
por los bosques. Palpita al rozar
su encuentro entre los aires.
Late la tarde a su sonido grave.
Se tañe el pecho en campanario.
Fulge la luz rosada como rosa de invierno
que gravitara témpanos sangrantes.

Pues el bosque, la tarde, el pálpito
en fin de tu encuentro trae.
alboradas, noches, cáliz...

Y es a pesar del cáliz, la alborada, la noche;
que el bosque ensancha tu suspiro
y a tu encuentro late, como otro
enorme, increíble corazón gigante.

EL JUEGO DE FLORECER

CARLOS MENESES

En enero le brotaron claveles rojos mientras leía la carta que él le había escrito. Toda la familia estupefacta, primero, alborozada, después, lo rodeó cariñosamente. La madre, tras besarla emocionada, fue la primera en arrancarle las flores y dar orden a sus otros hijos que salieran a venderlas sin perder un solo instante. Al día siguiente el padre quedó absorto cuando vio a su hija, nuevamente, cubierta de claveles, los que con presteza le fueron arrancados y vendidos a muy buen precio. Así se sucedieron los días hasta la llegada de febrero y, en medio de los suspiros y cándidas miradas que le provocaba una nueva carta, le nacieron hermosas margaritas que la familia, en pleno, se encargó de recortar. En el mismo mes llegaron dos cartas más, coincidiendo con la frondosidad del florecimiento. El padre decidió abandonar el trabajo y montar una florería. Al mes siguiente brotaron magnolias. La madre estuvo muy contenta porque era su flor preferida. Todos los hermanos dejaron sus respectivos empleos y se dedicaron a trabajar en la florería del padre. Cuando llegó el mes de abril hubo alegres apuestas entre los familiares, unos aseguraban que florecerían crisantemos, otros que serían azucenas. Pero pasaron los primeros días sin que naciera una sola flor, lo que causó cierto pánico en el hogar, hasta que alguien recordó que había pasado buen tiempo sin la presencia del cartero. Ella salía a la puerta de su modesta vivienda y mirando hacia el horizonte suspiraba candorosamente. Fue justamente en uno de esos momentos de dulce esperanza en que solía sumergirse, cuando unas pálidas pero bellas y enormes rosas la empezaron a cubrir. La familia convencida de haber superado el mal momento, respiró tranquila. En los días subsiguientes, no obstante no tener noticias de él, siguieron brotándole rosas hasta la llegada de mayo. Mientras discutían, con un escondido y ligero temor, qué flor daría ese mes, tuvieron la oportuna visita del cartero. La madre descubrió una letra extraña en el sobre. El padre sugirió leer la carta antes de entregársela. Estuvieron discutiendo algunos días y todo terminó cuando vieron que la dulce enamorada empezaba a cubrirse de

orquideas. La familia muy alegre, pero no totalmente alejada del miedo, se reunió una noche mientras ella dormía. Todos estuvieron de acuerdo en no decirle ni una palabra de la determinación que habían tomado. La hermana mayor quiso saber qué harían en el caso de que la enfermedad avanzara y les llegara una triste noticia. Un aire de terror sacudió a la familia que, por unos instantes, tuvo la desagradable sensación de saberse enfrentada, nuevamente, con la imagen de la pobreza, pero de inmediato se dieron ánimos, pensando en que no tardaría en recuperarse, pues, al fin de cuentas se trataba de un hombre bastante joven. Terminado el mes de mayo y ante la ausencia de noticias, pensaron en falsificar una carta o en elaborar alguna mentira, pero tuvieron que desistir de esas ideas, porque a los pocos días comenzaron a florecer camelias. Una mañana la madre acostumbrada a acercarse muy temprano a la cama de su hija, para arrancarle las primeras flores, tuvo un momento de horrible angustia, al encontrarla sin una sola camelia. No se atrevieron a preguntarle qué le estaba pasando. Aterrorizados la oían llorar por las noches y, a veces, hasta la veían hablar y gesticular muy quedo y con una delicadeza que sobrecogía, como si él hubiera regresado y estuviera a su lado. Decidieron urdir una treta. Decirle que sabían que llegaría muy pronto. Ella no parecía escucharlos, solamente suspiraba, entrecerrando los ojos. La madre repetía insistentemente el nombre del muchacho. La hermana mayor le decía que alguien que había estado con él, había traído el mensaje de que no tardaría en volver. Ella sólo atinaba a sonreír debilmente y, en ese preciso instante brotaba, tímidamente, una camelia. Tras una horrible y larga noche, de amargas cavilaciones, pues había concluido mayo sin que llegara ninguna carta, la madre acudió como siempre a la cama de la inocente enamorada y al verla lanzó un estentóreo grito de júbilo. La cama estaba cubierta de flores que hasta caían al suelo. Claveles, violetas, lilas, magnolias, rosas, azucenas, crisantemos. Tardaron largos momentos en recogerlas y, mientras lo hacían, se escuchó la voz del cartero, que traía un nuevo mensaje con letra desconocida. El padre desgarró nervioso el sobre y leyó en voz baja, muy nervioso, enrojeciendo tras cada palabra. La madre tembló conteniendo un sollozo. Mientras los hermanos seguían luchando, con más rabia que pena, por encontrarla debajo de las últimas flores que cubrían la cama.

